

El ícono universal de la música interpretado por dos grandes maestros chilenos especializados en la obra del sordo genial

Jaime Torres Gómez, desde Chile

Desde fines de noviembre hasta inicio de diciembre, a lo largo de tres sesiones en el Teatro Oriente de Santiago, se realizó el ciclo de los seis conciertos para piano de Ludwig van Beethoven, a cargo de los renombrados Alfredo Perl y Juan Pablo Izquierdo, junto a la Orquesta de Cámara de Chile, y organizados por la Fundación Beethoven.

La última integral de estos conciertos en Chile se realizó hace tres años en la temporada de la Sinfónica de Chile, pero con un enfoque más heterogéneo, al incluir distintos pianistas y directores. Pero considerando una integral con un único solista y director, ésta fue en 1989 con Bruno Gelber y Roberto Abbado, junto a la Filarmónica de Santiago.

Las expectativas de esta integral se confirmaron plenamente respecto a lo esperado de Perl e Izquierdo, quienes han demostrado a lo largo de sus carreras un dominio absoluto de la estética beethoveniana.

Recordemos el notable ciclo de las 32 sonatas grabadas por Alfredo Perl y las impactantes versiones de las sinfonías 3, 5, 7 y 8 dirigidas por el maestro Izquierdo en estos últimos años, además de su recordado acompañamiento del Concierto Emperador junto a Claudio Arrau, en 1984.

La primera sesión consideró los Conciertos Nº 1 y 4. Así comenzando, llamó la atención un animadísimo enfoque del Primer Concierto, en donde Izquierdo delineó una introducción plena de matices y de punzante rítmica, y manteniendo a lo largo de la obra completa unidad y nitidez de discurso. En cuanto a la primera intervención pianística, ya pudo apreciarse plena comunión de ideas entre solista y director, que raras veces es posible encontrar.

El enfoque impreso por Perl en toda la obra no pudo ser más coherente dentro de una completa libertad interpretativa, servida de un soberbio dominio del rango dinámico del instrumento en función del todo, y administrando generalmente intensidades justas en cada requerimiento anímico, sin perjuicio de arriesgar, por momentos, umbrales sonoros de cierta extemporaneidad estilística, acorde a la cronología de transición creativa del compositor (especialmente en la cadenza del primer movimiento). Con todo, impactantes fueron los contrastes de pianísimos-fortes, a la vez su sabio manejo del rubato y en las diferenciaciones de planos sonoros, obteniendo como resultado, junto al formidable director, una versión plétórica de luminosidad y profundidad de ideas.

Después de la irrepetible experiencia de un personal enfoque del Primero –obra que predice la romántica estética que Beethoven iba a suscribir– entramos a un mundo completamente distinto con el Cuarto.

La versión brindada por Alfredo Perl, que ya la brindara triunfalmente hace tres años junto a la Filarmónica dirigida por Rodolfo Fischer, esta vez ostentó una mayor libertad interpretativa, develando completo dominio de las profundidades de la obra, y calibrando empáticamente una certera línea melódica con una galería de matices sustentados por un lirismo ilimitado. Y el maestro Juan Pablo Izquierdo fue el mejor aliado de la notable visión del pianista, a pesar que no siempre la orquesta lo siguió al nivel de sus autorizados requerimientos...

La segunda sesión contempló la transcripción del Concierto para Violín hecha por el mismo Beethoven (se le considera su Sexto Concierto para Piano) y el Tercero. Con un excelente criterio musical, se inició dicho programa con el Sexto, obra que nos parece de escaso valor pianístico dado que hay elementos que definitivamente develan una completa incompatibilidad de trasposición en muchos pasajes del violín al piano, como ciertas frases de delicadas texturas que únicamente el instrumento de cuerda las expresa más eficazmente, más otros pasajes de armónicos del violín que el teclado no logra idiomatizarlas pianísticamente. Por eso que fue un placer "escuchar piano" en la segunda parte, con el tercer concierto beethoveniano.

El cometido de la dupla Perl-Izquierdo en estos conciertos fue nuevamente excepcional, incluso notándose un incremento en la calidad de respuesta de la orquesta, respondiendo técnicamente de manera notable a los punzantes y especiales requerimientos del maestro Izquierdo. Y Perl nos brindó una lectura plena de profundidad y calidad sonora, en especial en el Tercero. Tampoco debe olvidarse el excelente enfoque en la particular cadenza del Sexto, que en realidad constituye el mejor momento de dicha obra.

El cierre del ciclo fue con los conciertos Nº 2 y 5. Iniciándose con el Segundo, nos llamó otra vez la atención el creciente rendimiento de la orquesta, cuyo requerimiento es quizás uno de los más complicados del ciclo de estos conciertos, por sus delicadas y expuestas texturas, y a la vez su gran entramado de notas y precisión rítmica. Izquierdo salió como absoluto vencedor en su exposición clara y distinta del soporte orquestal, logrando complementar magistralmente al notable pianista, cuya versión estuvo completamente concordante al espíritu clásico de un joven Beethoven.

Y como coronación, la versión del Quinto Concierto "Emperador" tampoco quedó atrás respecto a los anteriores. Con una vigorosa introducción del acorde en tutti inicial y la inmediata introducción pianística, dio pie firme para un desarrollo de autorizado dominio de la obra. De gran recuerdo serán los contrastes de los pianísimos y fortes obtenidos por Perl y en general la transparencia y espesor sonoro claramente concordante al espíritu ora reflexivo ora festivo de la obra, a la vez con un soporte orquestal comandado autorizadamente por el maestro Izquierdo.

En suma, una integral de los conciertos para piano beethovenianos de verdadera antología, en manos del más destacado pianista chileno del momento y complementado por uno de los directores más relevantes de América Latina.

